

MATERNIDAD Y GOBIERNO DE LOS HOMBRES: EL CASO DE LA INVENCIÓN DE LA "MATERNIDAD CIENTÍFICA"

MATERNITY AND GOVERNMENT OF MEN: THE CASE OF THE INVENTION OF "SCIENTIFIC MOTHERHOOD"

Fecha recepción: septiembre 2017 / fecha aceptación: noviembre 2017

Claudia Calquín Donoso*

Resumen

Se presenta y discute la noción de maternidad científica como categoría discursiva construida en el seno de las discusiones decimonónicas sobre la higiene y la gestión científica del hogar tanto en nuestro continente como en Europa y Estado Unidos. Se analizan los discursos médicos-higienistas así como los de la economía doméstica para indagar en los modos en que el gobierno de los hombres en la sociedad industrial configuró un ideal materno anclado a los imaginarios ilustrados de orden, progreso y razón convirtiéndose en territorio de disputas ideológicas, de saberes y sobre todo una cuestión de hombres.

Palabras claves: maternidad científica, higienismo, expertos.

Abstract

The concept of scientific motherhood is discussed and presented as a discursive category constructed during 19th century discussions about hygiene and the scientific management of the home both on our continent and that of Europe and the United States. The medical- hygienist discourses, as well as those of the domestic economy, are analyzed to investigate the modes in which the government of men in industrial society constructed a maternal ideal connected to the enlightened ideals of order, progress and reason becoming a territory of ideological clashes about knowledge and, above all, a matter of men.

Keywords: scientific motherhood, public health awareness, experts.

Introducción

La maternidad como una de las experiencias de mayor significancia en el ciclo vital de las mujeres y como un hecho social altamente relevante, esta sujeta a diversas interpretaciones teóricas, representaciones culturales y maneras de asumirla.

Especialmente para el caso de Latinoamérica, en donde la maternidad no sólo tiene una enorme importancia en la vida de las mujeres sino que se ha transformado

*Psicóloga, Master en estudios de Mujeres, género y ciudadanía y Doctor en Ciudadanía y Derechos Humanos. Académica e investigadora Escuela de Psicología, Universidad Central de Chile. Dirección: Lord Cochrane 417, Torre A, Piso 2. CP: 8330507, Santiago, CHILE. Email: claudia.calquin@ucentral.cl

en un espacio político de resistencia¹, la maternidad como hecho biológico, político y cultural requiere ser estudiada como un complejo entramado en donde se conjugan el deseo del hijo/a, el universo simbólico/cultural en donde se configura y se nombra dicho deseo, así como las prácticas semióticas-materiales que dan forma, otorgan sentido y proyectan un ideal materno, que muchas veces se aleja considerablemente de la maternidad como experiencia singular.

Pese a esto nuestros discursos implícitos en las prácticas de intervención como en los mismos saberes disciplinarios continúan suponiendo que el amor de madre no sólo es universal, sino que los modos de construirlos son igualmente universales e unívocos y que están al margen de las transformaciones históricas, culturales y sociales de nuestras sociedades.

El objetivo de este trabajo es presentar y cartografiar algunas coordenadas que nos sirvan para aportar a una historia de la maternidad en Chile que ponga atención, tanto en la deconstrucción de los discursos esencialistas sobre esta relación social así como en el carácter construido de la experiencia materna y el vínculo madre/criatura. Para ello presentaremos el proceso de emergencia de una identidad materna en el contexto de la modernidad industrial conocida como la “maternidad científica” durante los siglos XIX y XX asentada en las discusiones decimonónicas sobre la higiene y la gestión del hogar en nuestro continente como en Europa y Estado Unidos. Esta historia nos muestra una multiplicidad de discursos y que desde la pregunta por el presente (Foucault, 2011) plantea rupturas y continuidades en torno a las formas en que la maternidad se ha ido transformando en un objeto epistémico y de gobierno (Ramos, 2016) tanto del estado y sus políticas públicas y también de los expertos, desde una perspectiva que asume que el discurso es una práctica y un “acto de saber-constitución” (Flores-Pons, Íñiguez-Rueda, y Martínez-Guzmán, 2015) que da forma y bosqueja los límites de lo posible en la experiencia materna.

Biopolíticas de lo materno: ¿un nuevo campo de estudio?

En Vigilar y Castigar Michel Foucault afirma

...(será preciso demostrar un día como las relaciones intrafamiliares, esencialmente en la célula padres-hijos, se han “disciplinado”, absorbiendo desde la época clásica esquemas externos, escolares, militares y después médicos, psiquiátricos, psicológicos, que han hecho de la familia el lugar de emergencia privilegiada para la cuestión disciplinaria de lo normal y anormal)... (Foucault, 1985, p.219).

¹ Me refiero con ello a los diversos colectivos de mujeres madres surgidos en Latinoamérica como en África en la década de los 80's que han hecho de la lucha contra la impunidad del terrorismo de estado ejercido en las dictaduras militares, una propuesta política que nos brinda otras miradas acerca de la maternidad y que han sido focos de atención, entre otros de los llamados estudios poscoloniales.

Esta cita que el filósofo enuncia en uno de los textos claves para pensar las estrategias de poder contemporáneas de forma sintomática se expresa como un paréntesis en el centro de sus indagaciones, y que expresa que la maternidad como superficie de saber/poder es un territorio aún poco explorado por la filosofía política, la psicología social, la historia, el mismo trabajo social, entre otras. Así y frente a las preguntas que Nikolas Rose (1996) se realizaba en la década de los 90´s acerca de ¿cómo se estableció una especialidad que estudiaba la relación materna?, ¿de qué manera el lenguaje y las evaluaciones de los expertos llegaron a introyectarse en los individuos, en forma de normas de vida, a la vez gratificantes y persecutorias? vemos que la mayor parte de la investigación aún se sigue situando desde la perspectiva de la historia de la infancia y la medicalización de la vida infantil en donde la maternidad se invisibiliza tras el vocablo “los padres”, ocultando el hecho de que los logros en salud pública y desarrollo en la infancia no pueden ser pensados sin los discursos y prácticas disciplinarias de los cuidados maternos o las tensiones entre las mujeres, las instituciones y los expertos para alcanzar aquellos éxitos, como también las tensiones entre los intereses estratégicos de las mujeres y los niños como sujetos históricos que describen trayectorias singulares.

En este contexto la obra de Elizabeth Badinter (1984) y las posteriores lecturas feministas (Tyler-May, 2008; 2012; Ehrenreich, & English, 1990; Palacios, 2003; Oiberman, 2006; Wilkie, 2010) son las que han hecho posible hablar de las madres como sujetos políticos y de la maternidad, como un espacio de disputa, gubernamentalidad y normalización, bajo el argumento de que a lo largo de la historia, la función materna (en cuanto a actitudes, comportamientos, prácticas e incluso sentimientos), es menos una expresión de la capacidad biológica o de repertorios “construidos” por las mujeres, que de intervenciones ajenas, en función de determinados intereses políticos, económicos, ideológicos o religiosos. Estos intereses, para Palacios (2003), han determinado “en mayor o menor medida, el modo en que las madres han de sentir, actuar y comportarse en relación con la generación y crianza de los hijos” (p.10), lo que ha dado origen a una serie de mecanismos y estrategias de adoctrinamiento y divulgación, dirigidos a transmitir lo que estos expertos esperan de las mujeres madres.

Sin duda estas ideas expresan cierta sintonía de las perspectivas biopolíticas -que han hecho de la relación del cuerpo biológico y las estrategias de gobierno un campo de análisis- con las lecturas feministas respecto a la imposibilidad de pensar la historia reciente del capitalismo sin su relación con las estrategias de poder dirigidas al espacio doméstico y de modo puntual, al cuerpo y al amor de madre. Así Foucault (1979/1999) en un sintético texto en donde se aproxima por primera vez a la noción de biopolítica analizará las estrategias salubristas durante el siglo XIX y de forma específica el nacimiento de la medicina social. El análisis de Foucault nos conduce al surgimiento de una mirada disciplinaria de la salud atravesada por el paradigma higienista como respuesta a los grandes problemas que la industrialización provocó en el plano epidemiológico. La medicina social para el filósofo se erige como una alternativa basada en la convicción de que los problemas de la mortalidad infantil y las epidemias que aquejaban de forma

dramática a la ciudad moderna eran posibles de controlar y erradicar por medio del control del ambiente y la instalación de conductas de higiene de las clases populares.

Sin duda la maternidad ha sido el objeto de gobierno por excelencia de las políticas sociales desde su emergencia en medios de los discursos y prácticas higienistas y de la medicina social, al ser inscrita como parte de una cadena de producción de niños y niñas sanos, futuros trabajadores y ciudadanos de la nación, cuestión que no atrajo la atención del filósofo ni tampoco de los historiadores que han trabajado de forma reciente desde la perspectiva biopolítica² exceptuando los trabajos de algunas historiadoras para el caso chileno como María Angélica Illanes sobre la construcción de la política social en el siglo XIX o Alejandra Brito en el análisis de la mujer popular también en los mismos periodos históricos y algunos vinculados al infanticidio como el trabajo de Fernández (2012). Más aún Sagredo y Gazmuri (2010) en la *Historia de la vida privada en Chile* señalan que si bien la educación y el control sanitario de las madres fueron factores importantes para la disminución de la mortalidad infantil durante la primera mitad del siglo XX no fueron concluyentes en el descenso de la mortalidad infantil como si lo fue la infraestructura material (agua potable y alcantarillado) que “tiene un valor creciente en la eficacia real de la instrucción en puericultura” (p.232).

Pensemos que “el cuerpo y la sangre” de la (bio) política (Illanes, 2007), base de la fórmula moderna de las políticas de salud y sociales del siglo XX, situó a la materialidad biológica del cuerpo infantil como un objeto del biopoder y a las madres, como intermediarias entre el niño y el estado benefactor y las entidades filantrópicas en la medida que existe consenso que las prácticas de gobierno vinculadas al desarrollo de la política social como de la salud pública provenían de organizaciones que actuaban al margen de la administración del Estado (Fuster, 2013; Illanes, 2007); el nacimiento, el crecimiento y la mortalidad infantil como preocupaciones públicas será la puerta de entrada a los hogares y la razón del despliegue de estrategias disciplinarias para la conformación de cuerpos dóciles que se articularán con las estrategias biopolíticas (cálculos demográficos y epidemiológicos) para la conformación de un cuerpo social calculable, medible, predecible y gestionable bajo la luz de la ciencia. Para Illanes (2007) estas modalidades de ejercicio de poder sobre los cuerpos de niños y madres adquirieron a su juicio el carácter de una “categoría ética, ideológica, política y económica clave para la comprensión de la construcción social del siglo” (p.15).

Es este contexto que nos permite hablar de una biopolítica de la maternidad que junto con ser la base para la gestión de la vida biológica de los niños también ha sido parte del gobierno de la subjetividad de las mujeres que de algún modo se vinculan, pero también se alejan de lo que Foucault (1998) estudió en *La voluntad de saber - histerización del cuerpo femenino-*: y que podríamos llamar la *maternalización* del cuerpo femenino. Lejos de ser dos procesos independientes nuestra lectura es que ambos procesos de domesticación y pacificación femenina se lograron retroalimentar y construirse mutuamente especialmente a la hora de pensar en los modos en que se

² Véase León (2016) y Fuster (2013)

fue configurando la infancia en la vida y deseo de las mujeres desde el punto de vista de sus afectos como de su relación con el auge de la higiene mental y luego la psicología científica.

Si pensamos esta lectura de Foucault desde las teorizaciones feministas, cabe la posibilidad de pensar esta maternalización como un dispositivo de subjetivación sexo-político aún vigente y que se dirige a la producción de la diferencia binaria irreductible, justificando dicha diferencia no sólo a una dimensión natural-biológica, sino que psicológica y trascendental, en el sentido de estar más allá de todo orden cultural o histórico. Así este dispositivo materno implica además que los desvíos de las mujeres -como la elección por la no maternidad o formas no normativas de crianza, maternaje y cuidado- pasan a ser objeto de un régimen de traducción experta (teorías, intervenciones, manuales, taxonomías, etc.) que a lo largo del siglo XX y especialmente en nuestro siglo XXI comienzan a apelar a un código interno, invisible, a una psiquis no bien formada, a una psicopatología que se vuelve objeto de la mirada científica, documental y espectacular.

Si pensamos que los nuevos dispositivos de regulación y control de los clases populares que surgen con el liberalismo en los siglos XIX y XX se basaban en principios políticos en el que la cuestión de la necesidad se va alinear por el lado de la "integración social, y no como principio de insurrección" (Donzelot, 1999 p.67), el estímulo al ahorro, el disciplinamiento del trabajo, la reproducción y el cuidado así como el desarrollo de la educación y la salud pública, piezas fundamentales del proteccionismo social, expresaban una modalidad científica y racional de entender el gobierno de los pobres que puso en tensión de modo sistemático a la caridad cristiana, en tanto no se trataba de la entrega de bienes materiales a los pobres sino más bien de una "influencia moral" (p. 68). Esto supuso articulaciones entre la esfera pública y la relación privada y autónoma de las familias, a partir del despliegue de una serie de dispositivos de tutelaje sobre las familias que Donzelot (1999) llamó el complejo tutelar.

La cuestión social y la higiene

El llamado "largo siglo XIX" es especialmente atractivo para indagar en cierto giro en lo que respecta a la relación entre los discursos de poder, las instituciones y las madres dado que las representaciones maternas se desplazan como señala Illanes (2007) de una matriz de significados religiosa hacia una matriz científica y que dio como resultado cierto sincretismo entre ambas formas de interpretación.

Es en el siglo XIX cuando la medicina y el servicio social instalaron la concepción de que la maternidad puede ser objeto de una pedagogía científica, transformando la maternidad en un campo de batalla de saberes en que se reunían y disputaban los

saberes asociados a la higiene, los discursos políticos vinculados a la lucha contra el pauperismo y el llamado “regeneramiento de la raza” (León, 2016).

La mortalidad infantil fue uno de los principales problemas biopolíticos con los que la gran mayoría de los países en vías de industrialización y urbanización se enfrentaron y desplegaron sus líneas correctoras (Rodríguez-Ocaña, 1988; Preston y Haines, 1991, Rojas, 2017, Caruso, 2003) y que como problema social, logró articular los espacios de la reproducción con lo político. Desde el punto de vista económico, la mortalidad infantil era un problema porque la vida humana se comienza a pensar como factor de producción (Foucault, 2011); era también un problema ligado al estado-nación, dado que la población era el símbolo del engrandecimiento del poderío del estado y también racial, pues manifestaba un “degeneramiento racial” de la Nación, tal como lo manifiesta Adolfo Murillo (1840-1899), destacado médico higienista, diputado liberal y miembro del Consejo Superior de Higiene Pública:

Esa mortalidad a la vez que es un problema económico de la más trascendental importancia, entraña una cuestión social de interés inmediato, cuestión de raza, de nacionalidad y también de afectos de hogar. Un hombre es un capital, una cifra que vale, un individuo que consume, un servidor del estado; es miembro de una comunidad que debe tener mutuos intereses, como iguales necesidades, forma parte de un hogar y debe servir a su Patria.

De aquí las obligaciones de los gobiernos, de los municipios, de las sociedades y de las familias para interesarse vivamente por la conservación de los habitantes y de sus miembros.

Gobernar es conservar, es mantener y desarrollar las fuerzas de la nación, es dar plasticidad a los elementos sociales; gobernar es crecer. (Murillo, 1896, p.5)

Dos fueron los movimientos con lo que se enfrentó la lucha contra la mortalidad infantil y el aumento de las condiciones de salubridad de la población (Nari, 2004; Palacios, 2003) por un lado las políticas higienistas-filantrópicas dirigidas a las mujeres de las clases populares y por otro, las actuaciones de los expertos en cuidados de la salud y el hogar dirigidas a las clase medias y más acomodadas, representado en el movimiento de economía doméstica.

Desde el primer movimiento, estas acciones estuvieron dirigida a generar legislaciones tanto locales como nacionales, que permitieran controlar dicha situación (Hidalgo, 2002). Las duras condiciones de vida que afectaban a la población pobre y trabajadora llamaron la atención, en una primera etapa, de las sociedades de beneficencia, y posteriormente dieron lugar a la promulgación de ordenanzas y decretos, que intentarían normar las jornadas de trabajo, la vivienda y la atención social básica de los trabajadores, todo bajo la figura retórica de la “cuestión social”.

En América del Sur, la cuestión social se hizo presente con igual fuerza que en Europa, aunque de modo más tardío por el hecho de que los procesos de industrialización y urbanización se dieron en el umbral del siglo XX. Se puede destacar los trabajos del argentino Ernesto Quesada quien en 1895 publica *La iglesia católica y la cuestión social*, del brasileño Gustavo de la Cerda y su trabajo *O problema operario no Brasil*, del chileno Augusto Orrego Luco que en 1894 publica *La cuestión social* y en Perú, Luis Miró Quesada que de forma un poco más tardía, en 1904, escribe *La cuestión obrera en Perú*.

Si bien muchos de estas discusiones, debates y proyectos se formularon a partir de un horizonte común –las condiciones de pobreza de la clase obrera– las explicaciones del origen de la pobreza y los problemas sociales que esta acarrea, así como los proyectos tendientes al mejoramiento de las condiciones de vida, se formularon a partir de algunos elementos imaginarios neo-coloniales en que se articuló el conflicto de clase con los conflictos de raza existente en las sociedades latinoamericanas y de forma privilegiada por los modos de crianza de las mujeres más pobres.

Por ejemplo en Chile, Perú y Bolivia el problema de los pobres (la pobreza y las epidemias de tifus y cólera principalmente) estuvo fuertemente vinculado a los componentes indígenas presentes en las clases populares. Para la nueva elite liberal latinoamericana se trataba de formar una civilización y una identidad nacional de la que debían excluirse elementos degenerados, detritus sociales que difícilmente podrían contribuir al mencionado objetivo. La relación entre degeneración biológica y decadencia social, tantas veces argumentada en esta época, aparece en el pensamiento liberal criollo con gran claridad. Por ejemplo, Benjamín Vicuña Mackenna (intelectual e intendente de Santiago de Chile durante la década de los 70´s del siglo XIX) advierte del atraso de la raza chilena como una herencia cultural de los indígenas –nomadismo, poligamia, indisciplina laboral– y del pasado agrario y latifundista de la colonia, siempre subordinado al terrateniente o a la iglesia.

Para estos intelectuales el retraso social es argumentado a partir de la pobreza del mundo rural y de la estética indígena (vestimenta, fisiología), que se presenta como la antítesis de la civilización:

Mirad el traje del campesino, del gañán. El de los pobladores de la ciudad se ha transformado casi por entero; pero la vestimenta del peón es siempre la misma; las mismas ojotas, el mismo calzón asiático de tocuyo, el mismo poncho araucano que tenía hasta 1810 (Vicuña Mackenna, 1856 en Leyton y Huertas, 2012, p.29)

El nuevo ciudadano debía formar parte de la modernidad industrial y urbana, como proletariado de fábrica, consumidor de tecnología, cosmopolita gobernado por relaciones laborales y por acceso a la información. Civilización y economía expansiva, en suma, propia de un liberalismo que se va afianzando paulatinamente. Se trataba de

poner en juego el enfrentamiento entre el pasado indígena y rural y un futuro mestizo y urbano.

La noción de “peligrosidad social” y “degeneramiento” (León, 2016) que rondaba en los discursos de las elites occidentales, actuó como fundamento de la acción de las asociaciones filantrópicas así como de las primeras iniciativas estatales. En ella subyacía la idea de que ciertas situaciones sociales podían llegar a constituir una amenaza al mantenimiento del orden social, y por lo tanto, debían ser controladas y canalizadas para evitarlo.

El orden debía ser institucionalizado y expresado a través de una normativa en todos los niveles del cuerpo social, incluido el espacio privado de la casa o los juegos infantiles de los niños. Esta acción por supuesto no estuvo libre de críticas, pues planteaba un problema fundamental al liberalismo económico: los límites de la intervención estatal que se definía por sí misma como un atentado contra las libertades individuales (Murillo, 1904). En el caso de Latinoamérica, Argentina y Chile principalmente, esto se resolvió a través de la coexistencia de un *laissez-faire* con un gobierno fuerte y centralizado -expresado en la fórmula de orden y progreso, Diego Portales en Chile y Julio Roca en Argentina- lo que hizo que el intervencionismo social no presentara como ajeno o contrario al consenso liberal imperante.

Dicho intervencionismo se organizó en torno a la conformación de un dispositivo institucional y discursivo de intervención sobre la sociedad urbana, complejo y articulado, y que desde distintos campos de acción, estuvo destinado a regular, “mejorar” y moralizar a los sectores populares de acuerdo a preceptos sanitarios orientados a crear ciudades higiénicas donde la población pudiera vivir saludablemente (Kohl, 2006).

El higienismo como “régimen de salud” constituyó algo más que un paradigma médico, y para Kohl (2006) se puede hablar de una utopía higienista en la cual se traduce la intencionalidad de evitar la enfermedad “apelando a un modelo de sociedad deseable y posible donde ella no exista y que necesariamente debe encontrarse proyectada hacia un futuro signado por la salud” (p. 22). Mejorar el nivel de salud de la población implicaba una serie de cuestiones que claramente trascendían los tradicionales problemas médicos: como mecanismo que buscaba aumento en el rendimiento y la productividad de los trabajadores, luchar contra los desórdenes sociales y las revueltas políticas, así como fórmula de gobierno que evitaría el retraso económico de la Nación.

El interés de la oligarquía por dar orden a la ciudad, así como el de los higienistas por resignificar el ideal civilizatorio (León, 2016) a través del acceso de la población a la salud y a la prolongación de la vida, quedaron estrechamente vinculados en un proyecto que más que dar soluciones concretas se articuló como un discurso acerca de lo social “que se impuso por su sentido y por su capacidad de significación” (Kohl, 2006, p 65).

La ciencia y la maternidad: el nacimiento de la maternidad científica

En este contexto, algunos núcleos profesionales médicos elaboraron parámetros culturales laicos con base científica que podían confluir con el discurso ideológico tradicional y su cosmovisión de fundamentación religiosa. Uno de los elementos decisivos en la proyección sociopolítica y en la legitimación cultural del colectivo médico fue, precisamente, su intervención en la revisión de los modelos de género y en la redefinición del cometido social de la mujer. En efecto, los médicos tuvieron una intervención significativa en la difusión de un discurso de género basado en la re conceptualización de la maternidad entendida como deber social femenino, como también en la medicalización y profesionalización de la maternidad a partir de la maternología (Nash, 1993) y la puericultura en donde comienza a circular una noción de “maternidad científica”.

El proceso de medicalización adquirió la forma de una protección frente a la amenaza que representaba la pobreza y los desvíos de género que el trabajo de las mujeres pobres, especialmente el trabajo sexual, representaba para la moralidad de la elite cruzaba las consignas científicas del mejoramiento de la raza y la nación: amenaza fisiológica (transmisión de enfermedades), amenaza a la raza (herencia degenerada), amenaza a la moral (alcoholismo, prostitución), amenaza a la propiedad (delincuencia), amenaza al orden social (anarquismo y comunismo) (Kohl, 2006, p. 55).

La casa pasó a constituirse como un problema social central, por su peligrosidad epidémica y su peligrosidad social y política (Hidalgo, 2002, Calquín, 2011, León, 2016, Illanes, 2007, Kohl, 2006, Enhreinreich y English, 2010) convirtiéndose en objeto de medidas de intervención, inspección y control higiénicos que generaron no pocas resistencias. Tal como apuntaba Engels (1974) en 1872:

Las ciencias naturales han demostrado que los llamados “barrios bajos”, donde viven hacinados los trabajadores, constituyen focos de todas las epidemias que periódicamente asolan nuestras ciudades. El cólera, el tifus, la fiebre tifoidea, la viruela y otras devastadoras enfermedades se expanden en el aire pestilente y en las aguas sucias de esos barrios obreros; esos gérmenes casi nunca se extinguen completamente; se desarrollan cuando las circunstancias son favorables y provocan epidemias, que se propagan entonces más allá de sus focos hasta alcanzar los barrios más aireados y sanos, los habitados por los señores capitalistas” (p.37).

Manuel Rojas, escritor y novelista chileno en su célebre novela Hijo de Ladrón en 1957 afirma:

Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales...y otro que, o ha tenido lo que se llama hogar, una casa aparte o unas piezas en ellas y no un cuarto de conventillo en que se hacinan el padre con la madre, los hijos y el

verno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualquiera otra índole; el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado. (p.37).

El liberalismo y el primer socialismo, aunque con prismas distintos, nutren una idea más antigua: la geografía del espacio doméstico decide la vida del ciudadano, la organiza y lo educa moralmente. (Pizarro, 2000, p.5). Para el médico higienista Adolfo Murillo:

Con el mejoramiento de las habitaciones para obreros ¡qué de afecciones de pecho y qué de tisis y de reumatismo no se ahorraría! Y eso sin contar con que de ese modo formaríamos y cultivaríamos el hogar al calor del interés y del cariño, fortaleciéndose los lazos de la familia tan relajados en esa capa social. Mientras que hoy en lugar de habitaciones tenemos tolderías; vergonzantes cartuchos de arrabal; cuarteles miserables, donde las piezas de habitación están bajo el nivel del suelo, donde se asoman como en un balcón y en donde viven en mezcla sucio e inmoral, el padre, la madre, el hijo los parientes, el perro y el gato” (Murillo, 1896: 16)

El discurso higienista adquirió una marcada conflictividad de género: el convencimiento de que el control de las epidemias y la disminución de la mortalidad infantil, estaban estrechamente relacionados a la negligencia e ignorancia de las madres y por lo tanto, siguiendo a Illanes (2007) situar al binomio madre-hijo como la base inicial de la acción profiláctica a la vez que situar en “cuerpo de señoras” (p.119) visitadoras sociales la vigilancia directa de la intimidad de los hogares. Para el mismo Murillo:

La miseria del pueblo es grande; no importa que nadie se muera de hambre entre nosotros; pero lo cierto que en muchos hogares la pobreza es considerable, que a no pocas mujeres se les seca antes de tiempo el jugo de sus senos bajo el influjo de los vicios y de las pesadumbres, que no es raro que no haya lecho para los débiles nenes que gritan de hambre” (Murillo, 1896, p16)

Cuando se estudian las causas susceptibles de hacer variar las causas de la mortalidad infantil de un país o de una ciudad, se percibe que, mucho más que ninguna epidemia la ignorancia de las madres y la ausencia de vigilancia de los recién nacidos son los factores que contribuyen a mantener una mortalidad elevada (Murillo, 1904, p.7)

Para Luis Calvo Mackenna (1913) médico chileno y uno de los directores de las Gotas de Leche del Patronato de la Infancia:

Las madres ignoran la manera de criar y de cuidar a sus hijitos, porque generalmente nadie que tenga la preparación necesaria, se ha preocupado o ha tenido ocasión de darles los indispensables consejos que esas madres siempre deben conocer (p.1)

De este modo la república se asoció poco a poco con los saberes médicos higienistas en un proyecto de ordenación del sistema corpóreo/espacial que suponía a las mujeres/madres como principales objetos de intervención y adoctrinamiento, instituyendo agencias correccionales que tenían por objeto el disciplinamiento, control y vigilancia de las actuaciones de las madres hacia sus hijos/as a través de campañas de higiene del cuerpo, el espacio, el incentivo de la lactancia materna, protección de las mujeres embarazadas y persecución del infanticidio, concientización sobre los beneficios de las vacunas³, competencias de amamantamiento, entre otras cuestiones. (Illanes, 2007; Zárate, 2009; Palacios, 2013; Donzelot, 1999).

Se trataba de establecer un corpus normativo sobre el cuerpo de hombres, mujeres y niños, por medio de dinámicas de exclusión y ritualidad, colocando en el centro del debate el cuerpo de las mujeres como geografía de signación. Con ello se intentaba educar a las madres, pues para los médicos estas no poseían la competencia natural para cumplir con los mandatos de la higiene; la maternidad se transformaba en cuestión de hombres.

Así vemos que la maternidad se bate en un campo de batalla en que por un lado es exaltada como parte del destino biológico de las mujeres y por otro, vilipendiada, constantemente enjuiciada y por lo tanto, susceptible de ser mejorada y perfeccionada en una pedagogía -la higiene- y la esperanza de una utopía, la *maternidad científica*. La maternidad científica se desarrolló a la par que los nuevos conocimientos acerca de las causas y transmisión de las enfermedades. "La identificación de los gérmenes como causantes de enfermedad, combinada con la creciente comprensión del papel que juega la higiene y el saneamiento en la prevención de enfermedades, situó el frente en esta batalla contra la enfermedad en el espacio doméstico (Wilkie, 2010, p.199).

³ En el documento El Servicio de vacuna en Chile de 1898, el médico higienista y encargado del servicio de vacunas durante el centenario establece que el rol de los vacunadores Los vacunadores era junto con vacunar gratuitamente a todas las personas que lo solicitaran, a todos los recién nacidos, debían ir de "casa en casa ofreciendosus servicios i tratando de convencer a todo el mundo de los beneficiosos resultados de la vacuna" (p.37). Como se aprecia las medidas de higiene iban acompañadas de un rústico aparato de propaganda.

En el umbral del nuevo siglo el disciplinamiento de los cuidados maternos estuvo estrechamente vinculado a la identificación de los gérmenes como causantes de enfermedad, combinada con la creciente comprensión del papel que juega la higiene y el saneamiento en la prevención de enfermedades, situó el frente en esta batalla contra la enfermedad en el espacio doméstico. Como mantenedoras de los espacios domésticos reconocidas socialmente, las mujeres fueron consideradas como soldados en esa guerra (p.198).

En ese sentido se instalaban nuevos estándares vinculados a limpieza entre los que se destacaba la importancia de los saneamientos, el agua limpia, la manipulación correcta de los alimentos y la higiene personal, desplegándose una gradual apropiación masculina de la maternidad, hasta entonces, una experiencia femenina por excelencia. La maternidad científica era un tropo en que se plasmaban los ideales de progreso, los descubrimientos científicos y la modernidad y que repulsaba la empalagosa concepción romántica del hogar y del ángel del hogar. "El hogar no era un refugio de la sociedad, ni un puerto para la indulgencia personal; era tan importante como la fábrica, incluso era una fábrica" (Enhreinreich y English, 2010, p.232).

Si el hogar era una fábrica, el disciplinamiento de las madres y de las prácticas de la crianza fue un elemento central, que retenía del modelo del ángel del hogar la idea de que las mujeres eran las cuidadoras por excelencia de los niños pero que éstos tenían necesidades específicas según su sexo y edad que tenían que ser cubiertas para su desarrollo físico óptimo, "y para conocer esas necesidades se requería atención a tiempo completo por parte de la figura maternal." (Wilkie, 2010, p.198). Esto se concretó en el aumento de la persecución judicial del abandono de los hijos o que no seguían el ideal de buenas madres, la persecución de la llamada "lactancia mercenaria" (Cosse, 2008) y la creación de una serie de tradiciones en torno a las madres y a las mujeres -como las fiestas de madres, los días de las madres, etc. (Rodríguez, 1998; Rojas, 2017).

Como afirma Nash (1993) para el caso español en:

...este contexto surgió un gran debate en defensa de la lactancia materna frente a la lactancia mercenaria o artificial. Fue constante la insistencia en el peligro que representaba la lactancia no materna para la sobrevivencia y la salud de los hijos. Muchos escritos intentaban sensibilizar a las madres en torno al "egoísmo imperdonable" que representaba la lactancia ajena y denunciaban a aquellas mujeres que no cumplían con sus deberes biológicos de lactancia materna. La desnutrición y las enfermedades derivadas de la misma como el raquitismo junto con la mortalidad infantil fueron señaladas como los peligros del abandono de la lactancia maternal. (p.695)

El amor de madre y los manuales de expertos

Los principios de la maternidad científica se hicieron llegar a las madres también a través de los manuales de expertos y las revistas femeninas lo que supone que existían diferencias en las formas de pedagogía de acuerdo al origen social de las madres. Mientras que a las madres de los sectores populares se le inculcaba los principios de salud e higiene por medio de la actuación de enfermeras y visitadoras sociales, el mayor nivel de alfabetismo entre las clases altas incentivó el uso de cartillas y libros de concejos en el que se les trataba de preparar para “que le brindaran una instrucción moral y profesional a sus hijos” (Rodríguez, 1998, p.39). Aquí se materializó una novedosa relación de saber/poder entre el experto/la madre en un triángulo (madre-niño-experto) que será la base del complejo tutelar. Para Rojas (2016) “a comienzos del siglo XX, la costumbre de cómo los niños debían ser cuidados y educados comenzó a ser interferida por criterios profesionales que buscaron definir qué era lo adecuado para ellos” (p.258). Estos criterios se elaboraban a partir de los saberes positivistas de la pediatría, la pedagogía, la psicología y las revistas y prensa en general. Las madres debían hacer caso al pie de la letra de lo profesado por el experto “situando a éste último como el depositario de una verdad natural que articula el orden social. Ello nos permitiría comprender la utilización de términos violentos para referirse a la madre (ignorantes, flojas, desgraciadas, etc.) por ser un sujeto al cual es necesario imponer orden” (Palma, 2009, p. 4).

Los manuales de expertos en higiene y crianza de los niños eran parte de todo un programa de divulgación científica. La ciencia positivista, entusiasta de las posibilidades de la ciencia para alcanzar el desarrollo económico y social por un lado, y la formación en el siglo XIX y XX de una comunidad científica que consigue acaparar recursos económicos y prestigio social por otro, impulsaron iniciativas de divulgación dirigidos al gran público y especialmente a las “damas” creando un mercado editorial tan lucrativo como el de los folletines, y novelas y que fueron el pilar de la conformación de la cultura de la higiene y de los expertos (Pardo, 2006). Aquí se aprecia los efectos de sujeción de la articulación entre lo que Shapin y Shaeffer (2005)⁴ llaman las tecnologías literarias y las tecnologías sociales que atravesaban los discursos del saber en la cultura androcéntrica; el científico-sabio-experto como agente activo, que entrega los conocimientos a un audiencia femenina que platica de ciencia –pero que no la produce–, proveen de una matriz de significados sobre los géneros en que los varones se sitúan como dueños de un saber y una verdad que ubica a las mujeres como un objetos de una pedagogía y una minoría de edad.

Los manuales de expertos actuaban como modelador de las conductas y las emociones de las mujeres en un contexto en que los avances de la psicología, el

⁴ Para estos historiadores de la ciencia lo que llaman la fabricación de los hechos científicos dependen de tres tecnologías: una material involucrada en la construcción y operación del experimento, una tecnología literaria por medio de la cual los fenómenos producidos son dados a conocer por aquellos que no han ido testigos directos y una tecnología social que incorpora las convenciones que deben usar los científicos al tratar con los otros y para considerar los enunciados cognoscitivos.

descubrimiento del niño como un sujeto con sus propias características –el siglo del niño– debía acercar a la afectividad materna al ideal de una “mujer civilizada” y en que la mayor sensibilidad de los padres hacia los hijos eran conquistas de la modernidad y la civilización (Rojas, 2016) que se oponía al atraso secular de los “salvajes” (Di Liscia, 2005).

Como afirma la autora de “Los deberes maternos” (en Revista la Familia, 1910): “felizmente, hoy día las cosas han cambiado... y las famosas varillas de que haba el sabio ya no existen en ninguna casa de gente sensata” (p.2). Si el niño era una suerte de llave a la regeneración de la nación el mensaje en estos consejos y saberes expertos era políticamente preciso: el niño debía ser el fundamento de la madre a través de una exaltación romántica y racionalista de la infancia y la maternidad ya no podía considerarse como una condición biológica o un instinto, era “una noble vocación” al modo de una “artista, que, al ejecutar una obra, ponen toda su alma sobre su trabajo” (Maternidad en Revista La Familia, 1911, p.2).

Pero no se trataba simplemente de consejos para el “ángel del hogar” al modo de una identidad materna pre-formada, sino de un dispositivo discursivo de construcción y producción de esa identidad en que la mujer debía ser madre a tiempo completo, renunciando a su propia subjetividad, totalmente dedicada y volcada a la vida del niño; emergía con esto el discurso de la *maternidad intensiva* una fórmula en que el amor de madre se define tanto por la disposición de tiempo como por la intensidad del deseo hacia el hijo. La maternidad se rodea de un aura de romanticismo, “de un limbo sagrado, se le siente superior, se le siente fuerte, ¡se le siente engrandecida!” (Revista La Familia, 1910, p.23). El espacio de la crianza se reduce dramáticamente al cuerpo de la madre y del niño, un espacio diádico en que la familia extensa, el padre y especialmente la servidumbre quedan como elementos extraños en un idilio entre el niño y la madre, hipervigilado por el experto de crianza infantil. Es sola ella quien lo puede cuidar, como versa la revista La Familia de 1911 “desde que nace el bebe, la madre debe ser la que haga todo a esa criatura, que no sean personas pagadas las que reciban a sus primeras sonrisas, sus primeras palabras” (p.2).

Las mujeres de la clase media y la elite junto con conducirse como profesionales en el gobierno racionalizado de la casa debían gobernarse así mismas por medio de un deseo monolítico en que el niño se transforma es una presencia omnipresente y único sentido de sus vidas.

Por otro lado, las visitas a los médicos se volvieron rutinarias y, como dice Apple (1995), la imagen de la ‘buena’ madre, la madre ‘adecuada’, era una mujer que buscaba expertos para que la aconsejara sobre la crianza y que seguía los consejos y prohibiciones que se le daban (por ejemplo la autorización del médico para cortar la lactancia en casos muy excepcionales): “Una madre que quiera obrar con plena conciencia de su misión, consultará los mejores libros para casos difíciles (Revista la familia, 1910, p.58)

El nuevo siglo se inauguraba con una fe ciega en la ciencia y las madres si tenían algún lugar en él era a condición de sujetarse a un saber atento a los descubrimientos científicos y especialmente a los avances de la higiene, en un contexto en que descuidar la higiene equivalía a maltratar los hijos (Enhreinreich y English, 2010).

También la obligación de la lactancia como un hecho más del proceso general de disciplinamiento de los trabajos reproductivos, no sólo apuntaba a los trabajos y los días de las mujeres, también supuso el disciplinamiento de sus emociones. Así en un manual de 1926, su autor Isaldo Torres “Como criar hijos sanos y robustos” (1926) médico y profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile establece una vinculación fuerte entre amamantamiento y amor materno, en que el amamantamiento se traduce como signo de un *homo prudens* republicano mezcla del ideal racionalista de la razón y la objetividad y de una vida alejada de los excesos de una elite ociosa y el ideal mariano.

Toda buena madre, pudiéndolo hacer debe amamantar ella mismo a su hijo. Sólo las madres desnaturalizadas las que no tienen conciencia de sus sagrados deberes, las amorales que prefieren el lujo, el paseo y la vida mundana, repudian el nobilísimo placer, el legítimo orgullo y la inefable satisfacción que siente toda madre que cría ella y nado más al idolatrado hijo de sus entrañas.

A las casquivanas les repugna criar a sus hijos porque temen deformar las líneas del cuerpo; pero debe saberse que no es la crianza la que desfigura las formas, sino que el embarazo (Torres, 1926, p.90).

Los cuerpos y los afectos maternos se debían expresar de forma templada y apaciguada (no se debe besar a los hijos por higiene y también se debe evitar los “malos hábitos”) de acuerdo a supuestas “costumbres anglosajonas” en que el control de las emociones tanto de madres como de hijos es fundamental para la producción de un cuerpo máquina y vigorizado: “si se caen no deben hacerse demostraciones alarmantes para que no se críen tímidos y apocados” (Torres, 1926, p.235).

Estos discursos de la crianza se mueven en medio de una grilla de interpretación sobre la subjetividad de las mujeres en que estas se caracterizan por su “intelecto débil y ánimo voluble” (Durán, 2009) y se encuentra expuesta a los desórdenes como la histeria y la locura; siguiendo el modelo europeo la mujer es esencialmente definida como enferma y de marcado temperamento nervioso (Araya, 2006). Así por ejemplo J.P. Moebius médico psiquiatra austriaco en su libro “Sobre la inferioridad mental de la mujer” (1900) afirmaba que las mujeres:

no consiguen dominar los afectos y están incapacitadas para el dominio de sí mismas. Los celos, o la vanidad insatisfecha o herida, suscitan en ellas tempestades que no dejan campo a ninguna reflexión de orden moral. Si la mujer no

fuese débil física y mentalmente; si, por lo demás, no la hicieran inofensiva las circunstancias, sería un ser altamente peligroso (p.145).

El saber biomédico decimonónico al conjugar la cura de las enfermedades corporales con la cura de las enfermedades sociales se sitúa como un saber/poder y estrategia política de control de los cuerpos femeninos especialmente dirigida a resituarlos en el espacio de la domesticidad y de la familia, en una época en donde la división espacio público/espacio privado comienza a tener una función importante para el desarrollo del capitalismo (Sáez, 1979).

Se llega especialmente a través de los estudios sobre la histeria -el síntoma de ser mujer" (Didi-Huberman, 2007, p.94)- a la formulación de una identidad desde sus funciones y sus ciclos reproductivos. La mujer es pura sexualidad que hay que controlar y sus más mínimas sacudidas (entre las que se incluye la masturbación) no resultan "menos amedrentadoras que las lubricidades, sofocaciones, síncope...la bestia negra es una mala jugada del deseo femenino; su parte más vergonzante...histeria será un término que no ha dejado casi nunca de identificar lo femenino como culpabilidad" (Didi-Huberman, 2007, p.96).

En este contexto los intentos de control del deseo femenino por medio de la regulación de los afectos se vuelve un escenario en que se desplegó el ideal de una "maternidad social" (Becerra, 2010) anclada a la función política y social de formar buenos ciudadanos. El nuevo siglo del niño crea un mundo interior, los niños se transforman en seres sensibles que deben ser tratados con una mezcla de disciplina y "dulzura" y bajo el mandato de que el castigo físico es perjudicial y base de enfermedades nerviosas. El amor de madres debe ser experimentado y expresado como una disciplina amorosa en que "pegar a una guagua es un salvajismo" (p.244).

Tensiones: la economía doméstica como línea de fuga

La maternidad científica no era sólo cuestión de médicos y reformadores, fue también un espacio disputado por las mismas mujeres reformadoras de las clases medias y altas, en lo que se llamó el movimiento de economía doméstica. Este movimiento fue uno de los más representativos del objetivo de una administración del hogar acorde a los postulados de la higiene y la ciencia. La economía doméstica, fue un golpe de gracia a la figura del ángel del hogar y al vacío doméstico propio del orden industrial, y así mismo, un espacio de reunión en torno a los antagonismos políticos de la cuestión social.

Para los conservadores, que achacaban la pobreza a las deficiencias personales de quienes las padecían, la preparación en ciencia doméstica era una solución evidente al despilfarro, la intemperancia y la desorganización general. Para los liberales,

representaba una forma de ayudar a los pobres a salir adelante en medio del debilitador entorno de los barrios bajos, las viviendas de ínfima calidad, las calles llenas de basura, los comerciantes sin escrúpulos. Y para ambos grupos, enseñar a los pobres a vivir dentro de las posibilidades que les ofrecían sus sueldos, encerraba un valor práctico (Enhreinrech y English, 2010, p.236).

El movimiento de economía doméstica situó a la ciencia doméstica como una nueva área de conocimiento y fue un elemento indispensable de la mecanización del hogar. Se trataba de una síntesis de química, física, fisiología, ingeniería, higiene, arquitectura y diseño, y no de simples recetas de cocina o fórmulas para ordenar y diseñar la casa. Un sorprendido Guidion (1998) habla que la economía doméstica “trató con detalle las tareas prácticas del hogar –cómo cocinar, lavar y limpiar, como amueblar la casa, o cómo elegir plantas y árboles para el jardín o el huerto- pero en cuanto a recetas de cocina no había ni una” (p.521).

Sus antecedentes se encuentran en la obra de Catherine Beecher “The American Woman’s Home or Principles of Domestic Science”. Fue publicado por primera vez en 1869 y reimpresso en varias ocasiones, era un tomo de 38 capítulos y 500 páginas que ofrecía una descripción exhaustiva de la organización de la casa y el cuidado de los niños y la salud; incluía discusiones acerca de dieta, ejercicio, limpieza e iluminación apropiadas y la forma correcta de ventilar una casa (Wilkie, 2010; Giedion, 1998). En conjunto con su hermana Harriet Beecher, autora de La cabaña del tío Tom, inició una campaña con un profundo espíritu reformista y liberal contra el servicio doméstico. Para las Beecher:

todo ser humano ocupa (de acuerdo con la Declaración de la Independencia) un mismo nivel...no hay títulos nobiliarios, ni monopolios, ni clases privilegiadas... cada uno es libre para alzarse y descender como las olas del mar... la condición del servicio doméstico, sin embargo, todavía conserva parte de la influencia de los tiempos feudales...entonces ¿qué ocurre con el servicio doméstico? ...un estilo moderado de llevar la casa, con medidas domésticas reducidas, compactas y simples, debe ser, necesariamente, el orden general de vida en América (Beecher, 1869 citada en Gidion, 1998, p. 522).

Quien le dio un carácter disciplinario a los principios de la economía doméstica y la elevó al estatus de una ciencia fue Ellen Richard, quien en la década de los 70’s del mismo siglo impulsó la formación en esta disciplina en las escuelas e instituciones universitarias. Como apunta Enhrein y English (2010) la economía doméstica se desarrolló en medio de las ansiedades sociales de las transformaciones del género representadas en la obtención del voto y la admisión de las mujeres en las facultades. En un período en que el voto y la educación de las mujeres era una amenaza al modelo del ángel del hogar y a la feminidad, la economía doméstica logró hacer coherentes los derechos políticos de las mujeres con la función materna y su responsabilidad

de encargada del gobierno de la casa. Con la economía doméstica se podía estudiar química o griego y “aprender hacer pasteles” (p.228).

La biografía de Richards es un ejemplo contundente de la exclusión de las mujeres de la ciencia y de los modos en cómo las mujeres han creado prácticas de resistencia. Aceptada como alumna “especial” de la carrera de química en el MIT y después de graduada, excluida de la práctica y enseñanza de la química, dirigió sus esfuerzos a crear una nueva ciencia en la que tuviera una posición igual a la de los hombres. Para Richards el trabajo doméstico y la preparación de alimentos eran asuntos importantes que debían ser estudiados científicamente.

El nuevo siglo se inauguraba con una voluntad manifiesta de llenar de actividades la casa dirigidas a combatir los gérmenes, prevenir la mortalidad infantil y llevar a la práctica los principios del “buen vivir”. Y buen vivir significaba vivir como vivían los burgueses. Significaba ahorro, orden e intimidad en lugar de espontaneidad y relaciones de vecindad, una vida centrada en la familia nuclear, ordenado con precisión industrial y gobernado por una mujer de plena dedicación

Así en el Tratado sobre economía doméstica para el uso de las madres de familias i de las amas de casa (Acevedo, 1848)

La muger que se levanta al aclarar el día, puede emplear sin afán las dos primeras horas en el arreglo de su cama, cuarto, tocador, i aun la casa toda; otra hora en el aseo i orden personal, i media hora en su desayuno; i ya desembarazada de estos indispensables quehaceres, tiene delante de sí más de ocho horas de cuyo buen uso podrá sacar de gran utilidad” (p.10).

Las madres al transformarse en expertas del cuidado del hogar asumieron infinitas y nuevas tareas y responsabilidades. La nueva maternidad -científica- con su conjunto de prácticas de salud, de dieta, diseño y psicología, lejos de aumentar el tiempo para el cuidado de sí mismas -como imaginaba Richards- por el contrario, supuso la invención de nuevas tareas domésticas por medio del cual se comenzó a llenar el vacío doméstico y dio a las mujeres la oportunidad de demostrar a sus iguales sus habilidades como madres (Wilkie, 2010). La madre científica reformuló y reivindicó la tradicional relación mujer-hogar de la división sexual del trabajo, en términos modernos científicos y tecnológicos. De acuerdo a Nari (2004) más allá de sus resultados fue tanto una estrategia de control y disciplinamiento como de promoción y emancipación de la mujer. Si bien la mujer se hallaba socialmente subordinada y jurídicamente tutelada, se le adjudicó un poder doméstico. Lo doméstico podía ser un lugar delimitado, estrecho, como también un espacio de acción y de fuga.

A modo de conclusión: la crítica feminista y nuevas representaciones de lo materno

En este trabajo hemos aportado lecturas que esperamos inciten otras investigaciones a proyectar una historia de la maternidad en nuestro país tan necesaria en el contexto actual marcada por los saberes expertos y la sobre-responsabilidad de la familia en la provisión del bienestar social. Sin lugar a dudas este trabajo es sólo una cartografía general para múltiples líneas de investigación que profundicen en los diversos modelos en que se puede captar algunos cruces entre la maternidad y el poder, entre una economía libidinal y una economía del poder, pues como tal nos ha enseñado Foucault los discursos lejos de constituirse en meros vehículos de ideologías son productores de subjetividad.

En este trabajo también mostramos como las mujeres transitamos en discursos múltiples y en posiciones complejas y no estables; apreciamos que por un lado el higienismo fue un lugar de subalterización de lo materno y la economía doméstica por otro, abrió líneas de fuga para pensar la maternidad desde las propias mujeres y el movimiento feminista, erigiéndose asimismo como un espacio de agenciamiento que permitió a las mujeres madres grados de autonomía y reconocimiento en un contexto en que la condición del *bello sexo* compartía el mismo lugar de minoría de edad que los niños respecto al derecho a la ciudadanía. Entre las preguntas que emergen y que abren nuevas líneas de investigación es que el discurso de los expertos sobre la maternidad científica se dio en medio de ciertos avances en torno a la educación de las mujeres. Pensemos que a la par que los médicos y expertos intentaban convencer a las mujeres de mantenerse las 24 horas del día en los hogares las mujeres de clases populares seguían ejerciendo sus oficios y algunas pertenecientes a la elite insistían en sus deseos de ingresar a la universidad. Cabe la hipótesis que el discurso de la maternidad científica fue una forma de solucionar la “cuestión femenina” al alero de la “cuestión infantil” tras las dramáticas cifras de mortalidad infantil hasta bien avanzados el siglo XX.

Con este trabajo apreciamos que la mujer en la historia supone incorporar la voz de un sujeto complejo en términos de su multiplicidad y de una sujeción que no se plantea ni monolítica ni lineal, sino más bien desde lo que Collins (2000) llama un *stand point* y una movidiza posición sujeto. Esto es lo que permite a su vez comprender el sustrato polémico y desafiante de la categoría mujeres en las historias de occidente que situándose desde los márgenes de la historia y las fugas del discurso androcéntrico crea las posibilidades para una conceptualización teórica-política que nos invita a pensar las prácticas académicas desde el adagio foucaultiano de “pensar de otro modo”.

En este sentido es claro que las mujeres hemos diseñado nuestros propios lugares para hablar desde nuestras propias lenguas. La potencia generadora del discurso supone además situar la conciencia opositiva feminista (Sandoval, 2004) en medio de la tensión entre lo que De Laurentis (2012) afirma como la negatividad crítica de las

teorías feministas y la positividad afirmativa de las *políticas feministas*. De este modo vemos que conceptos feministas que atienden a la maternidad desde otro lugar como el orden simbólico de la madre, la Chora materna, las genealogías femeninas, el cuerpo a cuerpo con la madre o el lenguaje materno son propuestas que rescatan y re elaboran la capacidad generadora del cuerpo de las mujeres al mismo tiempo que se rechaza la "institución materna". Recuperar a la madre, como propone Luce Irigaray, supone una vuelta del exilio de esta y un re-inscripción del lenguaje materno como espacio liminal de la cultura heterosexual.

Pese a estas voces la maternidad científica es un modelo aún vigente que se ha engarzado con otros paradigmas científicos y otras normas de salud que cada vez más se desplazan al mundo interno de la infancia en las que la higiene es reemplazada por los saberes "psi". En ese sentido urge también ampliar el interés por analizar los mecanismos por los cuales el discurso disciplinario psicológico o del mismo trabajo social se instala en el campo de batalla de las luchas por la definiciones culturales de la identidad de las mujeres madres que nos muestran asimismo que el cuerpo reproductor, sus deseos, goces y elecciones son lugares no tanto constituidos como si constituyentes de formas de relación social y un medio por donde las resistencias se encarnan y se transforman en lugares de lo impensado e inadvertido, pues es claro que ninguna racionalización, ningún concejo ni saber instituido tendrá una victoria total sobre el cuerpo de las mujeres ni sus formas de maternaje ya que, en el seno mismo de la reproducción biológica y social, existe la creación.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, M. J. (1848). *Tratado sobre economía doméstica para el uso de las madres de familias i de las amas de casa*. Bogotá: Imprenta de José Cualla.
- Apple, R. (1995). Constructing mother: scientific motherhood in the nineteenth and twentieth century, En S. Ross (Ed.) *American families past and present: social perspectives on transformations*, (pp. 161-178). Washinton: Rutgers.
- Araya, C. (2006). La construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado: chile en el siglo XIX. *Historia*, 39(1), 05-22.
- Badinter, E. (1984). *¿Existe el instinto maternal?: historia del amor maternal*. Barcelona: Paidós
- Becerra, M. (2010). Ciudadanía Femenina y Maternidad en los Inicios del Siglo XX: las Dos Caras de la Moneda. *Revista Nomadías*, 14, 59 - 77.

- Calquín, C. (2011). De conventillos y conventilleras: género y poder en las viviendas populares colectivas en el Chile de inicios del siglo XX. *Encrucijadas*, 2, 22-33.
- Calvo Mackena, L. (1913). *Lo que deben saber las madres para criar a sus niños. Primer Congreso de Protección de la Infancia*. Santiago de Chile: Barcelona
- Caruso, M. (2003). "Sus hábitos medio civilizados" enseñanza, disciplinas y disciplinamiento en América latina. *Educación y pedagogía*, 37, 105-127. Disponible en <http://www.dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?>
- Collins, P. H. (2000). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. New York: Routledge
- Cosse, I. (2008). El modelo conyugal en Buenos Aires de la posguerra: el compañerismo de complementariedad y el impulso familiarista. *Trabajos y comunicaciones*, 34. Disponible en <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/11476>
- De Laurentis, T. (2012). Tecnologías del género. Disponible en <http://www.caladona.org/grups/uploads/2012/01/teconologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf>.
- Didi-Huberman, G. (2007). *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpetrière*. Madrid: Cátedra.
- Di Liscia, M. S. (2005). Dentro y fuera del hogar. Mujeres, familias y medicalización en Argentina, 1870-1940. *Signos Históricos*, 13, 94-119.
- Durán, M. (2009). *Medicalización y disciplinamiento. La construcción higienista del espacio femenino, 1850-1920*. Disponible en <http://www.nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/12303>
- Donzelot, J. (1999). *La policía de las familias*. Madrid: Pretextos.
- Engels, F. (1872/1974). *El problema de la vivienda y las grandes ciudades*. Barcelona: Gustavo Gil.
- Ehrenreich, B. y English, D. (2010). *Por tu propio bien. 150 años de consejos a mujeres*. Madrid: Lormo.
- Flores-Pons, G., Íñiguez-Rueda, L., y Martínez-Guzmán, A. (2015). Discurso y materialidad: pensar las prácticas semiótico-materiales. *Alpha*, (40), 201-214.

Foucault, M. (1977/1999). Nacimiento de la medicina social. En M. Foucault (Ed.), *Estrategias de poder* (pp.363-384). Madrid: Paidós.

Foucault, M. (2011). *¿Qué es la crítica?* Madrid: Tecnos.

Fuster, N. (2013). *El cuerpo como máquina. La medicalización de la fuerza de trabajo en Chile*. Santiago: Ceibo.

Giedion, S. (1998). *La mecanización toma el mando*. Barcelona: GG.

Hidalgo, R. (2002). Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile: Una mirada retrospectiva a la acción del Estado en las primeras décadas del Siglo XX. *EURE*, 28(83), 83-106. Disponible en www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008300006&lng=en&nrm=iso.

Hidalgo, R. (2002). Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile. Una mirada retrospectiva a la acción del Estado en la primeras décadas del siglo XX. *Eure*, 28 (83).

Illanes, M. A. (2007). *Cuerpo y sangre de la política: la construcción histórica de las visitadoras sociales, 1887-1940*. Santiago de Chile: LOM.

Kohl, A. (2006). *Higienismo argentino: Historia de una Utopía*. Buenos Aires: Dunken.

León, M. (2016). *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile*. Santiago: Universitaria.

Leyton, C. y Huertas, R. (2012). Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile. La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875), *Dynamis*, 32, (1), 21-44. Disponible en http://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S0211-95362012000100002&script=sci_arttext

Moebius, J.P. (1900/1982). *La inferioridad mental de la mujer*. Madrid: Bruguera.

Murillo, A. (1896). *La mortalidad urbana en Chile. Discurso leído en la sesión de apertura Congreso científico general chileno celebrado en Concepción el 23 de febrero de 1886*. Santiago: Roma.

Murillo, A. (1904). *Vacunación obligatoria. Discurso en el centenario de Jenner*. Santiago: ENC y Litog.

- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político: Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos.
- Nash, M. (1993). Maternidad, maternología y reforma eugénica en España, 1900-1939. En G. Duby, (Ed.), *Historia de la mujeres en Occidente*. Vol. V. (pp. 687-703). Buenos Aires: Alfaguara.
- Oiberman, A. (2006) Historias de las madres en occidente: repensar la maternidad. *Psicodebate*, 5, 115-130. Disponible en <http://www.palermo.edu/cienciassociales/publicaciones/pdf/Psico5/5Psico%2009.pdf>
- Palacios, I. (2003). *Mujeres ignorantes: madres culpables: adoctrinamiento y divulgación materno-infantil en la primera mitad del siglo XX*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Palma, P. (2009). "Lo que deben saber las madres para criar bien a sus hijos". Discurso médico- social pediátrico en las Cartillas de Puericultura. Chile, 1912-1929. *Segundas jornadas nacionales de historia social* 13, 14 y 15 de mayo de 2009 la falda, Córdoba-Argentina.
- Pardo, J. (2006). De los libros de secretos a los manuales de la salud: cuatro siglos de popularización de la ciencia. *Quark*, 37-38, 30-38.
- Pizarro, Luis. (2000). La evolución del espacio doméstico en la Europa contemporánea. Disponible en http://photographicsocialvision.org/domestic/pdf/luis_pizarro_cast.pdf
- Preston, S. y Haines, M. (1991). *Fatal Years: Child Mortality in Late Nineteenth-Century America*. Massachusetts: NBER.
- Ramos, C. (2016). *La Producción de la pobreza como objeto de gobierno*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Rodríguez, E. (1998). Inventando el día de la madre en Costa Rica. 1890-1932. *Reflexiones*, 75(1), 33-42.
- Rodríguez-Ocaña, E. (1988). La construcción de la salud infantil. Ciencia, medicina y educación en la transición sanitaria en España. *Historia Contemporánea*, 18, 19-52.
- Rojas, M. (1957/2010). *Hijo de ladrón*. Santiago de Chile: Zigzag.

- Rojas, J. (2017). *Historia de la infancia en el Chile republicano*. Santiago: Junji.
- Rose, N. (1996). *Inventing our Selves*. Cambridge University Press.
- Sáez, C. (1979). *Mujer, locura y feminismo*. Madrid: Dédalo.
- Sagredo, R., y Gazmuri, C. (2010). *Historia de la vida privada en Chile*. Santiago: Taurus-Aguilar.
- Sandoval, Ch. (2004). Nuevas ciencias. Feminismo Cyborg y metodología. En *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, pp. 71-80. Madrid: Traficante de Sueños.
- Shapin, S., y Shaffer, S. (2005). *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Buenos Aires: Quilmes.
- Tyler May, E. (2012). Cuestiones explosivas: el sexo, las mujeres y la bomba. En *Bajo la Bomba. El jazz de la guerra de imágenes transatlántica 1946-1956*. pp 91-103 . Barcelona: MACBA.
- Tyler May, E. (2008). *Homeward Bound: American families in the cold war*. Nueva York: Basic Book.
- Torres, I. (1926). *Como tener hijos sanos y robustos*. Santiago: Nacimiento.
- Wilkie, L. (2010). Infancia en blanco y negro: La experiencia de la crianza en Estados Unidos a principios del siglo XX, *Complutum*, 21(2), 197-214.
- Zárate, M. S. (2009). Las madres obreras y el estado chileno. La caja del seguro obligatorio 1900-1950. En S. Montecino (comp), *Mujeres chilenas fragmentos de una historia* (pp. 129-138), Santiago: Catalonia.
- Revista La Familia (1910). *Los deberes maternales*, I, 4. Santiago. Disponible en: www.memoriachilena.cl
- Revista La Familia (1911). *Maternidad*, II, 1. Santiago. Disponible en: www.memoriachilena.cl